

Movimientos sociales y política en Francia: 1968-1995

1968: "¿Masas en movimiento sin perspectiva política?"

En Francia, los acontecimientos de mayo y junio de 1968 se saldaron con una paradoja: el balance social es de amplitud no despreciable pero, casi simultáneamente, las elecciones legislativas de junio, provocadas por la disolución de la asamblea nacional, terminan con una victoria aplastante de la mayoría gaullista; una victoria con respecto a la cual, la ulterior derrota de de Gaulle en el referéndum organizado en 1969 y su partida, consecutiva a la derrota, obligan a matizar el sentido, no la realidad. En 1968, algunos actores (la CGT entre ellos) se refirieron a la situación en términos de "masas en movimiento sin perspectiva política"; más allá de los discursos del momento, el artículo busca explicaciones a esta paradoja a través de una reflexión sobre los lugares y las formas que reviste entonces lo político, así como sobre la naturaleza y el grado de implicación política del movimiento sindical.

En Francia, los acontecimientos de mayo y junio de 1968 se saldaron con una paradoja: el balance social es de amplitud no despreciable (finalmente hubo algunos logros) pero, casi simultáneamente, las elecciones legislativas de junio, provocadas por la disolución de la asamblea nacional, terminan con una victoria contundente de la mayoría gaullista; una victoria con respecto a la cual, la ulterior derrota de de Gaulle en el referéndum organizado en 1969 y su partida, consecutiva a la derrota, obligan a matizar el sentido, no la realidad.

En 1968, la CGT (*Confédération Générale du Travail*),¹ como otros, explicó en caliente esta distorsión por la ausencia de relevos políticos: "Masas en movimiento sin perspectiva política". Esta ausencia de relevos, que señala un problema efectivo, no tiene, sin embargo, valor explicativo, ya que plantea, de entra-

◆ Investigadora del Centro de Investigaciones de Historia del Movimiento Social y del Mundo Obrero de la Universidad de París I y profesora de Historia Contemporánea en la Universidad de París VIII.

■ danièle.tartakowsky wanadoo.fr ■

Traducido del francés por Elisa Cárdenas Ayala

1 N. del T.: Organización obrera ligada al Partido Comunista Francés, creada en 1895.



da, la cuestión del porqué de tal situación. No es posible responder invocando simplemente la mala voluntad de tal o cual. Responder a esta pregunta implica una reflexión sobre los lugares y las formas que reviste entonces lo político, así como sobre la naturaleza y el grado de implicación política del movimiento sindical.

La decisión tomada por las centrales sindicales, de acudir al llamado de la UNEF (*Union Nationale des Étudiants de France*) y responder de manera concertada a la represión desplegada contra las barricadas estudiantiles de la calle Gay-Lussac, mediante una jornada nacional de huelga y de manifestaciones el 13 de mayo, es política en el sentido más fuerte de la palabra, puesto que la emprende contra las acciones del Estado-policía. Con todo, una serie de reivindicaciones específicas del mundo del trabajo, relativas a la política económica y social del gobierno, se suman de común acuerdo a esta exigencia primera. Esta forma de proceder se inscribe, sin embargo, en una larga tradición, casi constitutiva del sindicalismo francés, de manifestaciones de solidaridad provocadas por problemas políticos, con fuerte contenido ético, casi siempre altamente movilizadoras. El tenor político inicial de la jornada se ve acentuado y sensiblemente modificado por la consigna “diez años, ¡ya basta!”² que resuena en las calles de toda Francia el día 13 sin que, al parecer, ninguna de las organizaciones que estuvieron en el origen de la jornada la haya lanzado deliberadamente. Y es en términos políticos que la CGT y la CFDT (*Confédération Française du Travail*)³ sacan una de la otra un balance en los días siguientes. La CGT quiere ver en la movilización una “manifestación

2 De Gaulle había vuelto al poder luego de las manifestaciones realizadas en Argel, el 13 de mayo de 1958.

3 N. del T.: Segunda central sindical francesa, nacida de una escisión de la CFTC (*Confédération française des travailleurs chrétiens*): su existencia se debe a un desacuerdo contra la política de la SFIO (*Section Française de l'Internationale Ouvrière*) en relación con la guerra de Argelia.

de oposición al poder personal” y hace un llamado, el 15, al “reemplazo del poder actual por un gobierno popular [que] depende de la unión y de la acción común de todas las víctimas de la política actual”. La CFDT considera, por su parte, a la movilización del día 13 como “una manifestación que expresó la voluntad de transformación del sistema económico por el pueblo” y adopta, el 16, un texto de inspiración libertaria y “personalista”,⁴ definiéndose como partidaria de estructuras democráticas basadas en la autogestión que deben substituir a la “monarquía industrial y administrativa”. Así hace suya la estrategia autogestionaria, hasta entonces minoritaria en su seno.

El inicio de las huelgas, pocos días más tarde, y luego su generalización, refuerza tanto un análisis como el otro. La CGT, que considera a las luchas económicas y políticas como distintas pero destinadas a conocer un proceso de unificación y de respaldo recíproco, estima que el movimiento que se inicia es capaz de pesar a favor de la ratificación de un programa común de gobierno; al constituir una huelga de masas comprendida como el medio de una estrategia política que se apoya en ella, pero no se reduce a ella, se pronuncia a favor de una mesa redonda entre partidos y sindicatos y organiza varios encuentros preliminares para favorecer su realización. Sin éxito. La CFDT considera, por su parte, que la huelga comenzada abre las perspectivas autogestionarias a las que aspira y constituye a veces un inicio de su puesta en práctica. Rechaza la idea de semejante mesa redonda, pero se pronuncia a favor de contactos bilaterales que permitan observar cómo sabrán comprender los partidos lo que a sus ojos está en juego en el poder estudiantil y el de los trabajadores. Interpretaciones dominantes que cohabitan con otras lecturas,

4 N. del T.: “Personalismo”: un movimiento liderado por el filósofo francés Emmanuel Mounier, que ha sido caracterizado como un existencialismo cristiano, surgido después de la Segunda Guerra Mundial.



más clásicas o minoritarias y desarrolladas por actores externos a estos campos de acción, como la huelga estrictamente reivindicativa o, por el contrario, la huelga insurreccional.

Durante esta primera fase de un movimiento del cual conviene recordar que en modo alguno se reduce a las huelgas, los actores políticos permanecieron quién a la defensiva, quién en segundo plano, o algunos incluso ausentes. Y lo que vale para el poder vale también para las formaciones políticas, inclusive de oposición. Los partidos de izquierda apoyan la jornada del 13 sin ser admitidos entre sus organizadores y sus intervenciones específicas tienen lugar principalmente en el terreno parlamentario y mediante expresiones de apoyo reiteradas. Mientras que la movilización de carácter objetivamente político sigue siendo la responsabilidad casi exclusiva de los actores sociales, organizados o no, y de las organizaciones sindicales en particular.

Esta implicación política (así comprendida) del movimiento sindical le es casi constitutiva. Está presente en 1913 cuando se trata de luchar contra la ley que eleva a tres años la duración del servicio militar, al lado de la SFIO (*Section Française de l'Internationale Ouvrière*); también lo está el 12 de febrero de 1934, cuando la CGT toma la iniciativa de una huelga destinada a defender a la República que juzga amenazada por las ligas de extrema derecha y responde de lo esencial de la movilización realizada ese mismo día en la calle; para no hablar de la implicación del movimiento durante la Resistencia frente al ocupante nazi. A tal punto que no hay, de hecho, jamás, movilización de masas potente, con vocación política, que no implique al movimiento sindical. Con la entrada en la Guerra Fría, los antagonismos vueltos ya irreductibles entre partidos de izquierda y la crisis que afecta a la izquierda no comunista tienen, entre otros efectos, el de acentuar este fenómeno, lo cual es perceptible en las formas que reviste la movilización frente a las guerras coloniales, contra de Gaulle en mayo de 1958

y luego contra la OAS (*Organisation Armée Secrète*). Las manifestaciones desplegadas en estas circunstancias se realizan frecuentemente por iniciativa del movimiento sindical, o de uniones y comités; la federación de la educación nacional (FEN: *Fédération de l'éducation nationale*) debe a su posición intermedia en el campo profesional e ideológico, sindical y político, el reivindicar un papel decisivo que a veces le es reconocido, y FO (*Force Ouvrière*), constitutivamente hostil a toda relación con los partidos,⁵ tampoco puede evitarlo puesto que toma, en 1956, la iniciativa de la movilización contra la intervención de los tanques soviéticos en Hungría. Hasta principios de los años sesenta, esas iniciativas sindicales son una forma de compartir las tareas o se presentan como sustitutivas de los partidos claudicantes, sin expresar contra éstos ninguna pretensión de exclusividad. Las perspectivas se modifican tras la ratificación del acuerdo CGT-CFDT de 1966, que conduce a ambas confederaciones por la vía de la acción común. Los partidos políticos, los representantes populares electos, los representantes de cultos, que habían tomado parte en numerosos conflictos provocados por la desestructuración de ciertas regiones industriales o de polos de empleo, son excluidos de la organización de las manifestaciones que marcan la pauta de las jornadas de acción unitaria organizadas por ambas confederaciones en 1966 y 1967, siendo que tales jornadas tienen por blanco las orientaciones económicas y sociales del gobierno. Ello, a petición expresa de la CFDT, que rehusa transigir sobre el punto que se ha vuelto uno de los fermentos de la tensión renaciente entre ambas confederaciones durante 1967.

5 La confederación *Force ouvrière* nació en 1947, cuando Francia entraba en la Guerra Fría. Acusando a la CGT de ser la correa de transmisión del Partido Comunista, reivindicaba la aplicación estricta del principio de independencia sindical y de la no implicación en política, afirmando ser la fiel heredera de los Acuerdos de Amiens.



Este veto sindical contra las formaciones políticas está nuevamente presente el 13 de mayo. Favorece sin duda la implicación de *Force Ouvrière*, a partir de llamados que fueron, ese día, en su mayoría bien definidos. Tiene, sin embargo, sus límites, perceptibles desde el momento en que la política en sentido estrecho retoma el 28 de mayo la iniciativa, bajo la forma de propuestas emanadas, respectivamente, de François Mitterrand, de Pierre Mendès France, del Partido Comunista y, a su manera, de la extrema izquierda. Estas estrategias antagónicas se neutralizan unas a otras, permitiendo al poder, entonces a la defensiva, retomar la iniciativa y luego salir victorioso.

Resulta entonces tentador el oponer masas en movimiento, aspirantes al cambio, a partidos incapaces de unirse. Pero las contradicciones estratégicas reveladas por las propuestas políticas en competencia atraviesan también al movimiento sindical ya desde antes de 1968. En 1966, la CGT se había pronunciado por una “democracia verdadera”, comprendida como la supresión del gobierno personal y el desmantelamiento de las feudalidades económicas y, con este fin, por un programa común de gobierno. Hasta los acontecimientos de 1968, la CFDT, unánimemente desconfiada con respecto a los partidos, está, más allá de eso, dividida en cuanto a las estrategias consideradas para el campo político. Quienes sostienen la “estrategia común”, mayoritarios hasta 1968, llaman a tomar en cuenta las dificultades económicas modernas, a jerarquizar los objetivos prioritarios en un “contra-plan”, sometido a la izquierda política (no comunista en un primer tiempo). Podría entonces firmarse un contrato que garantizara una autodisciplina salarial a cambio de la puesta en obra de dicho plan, previendo especialmente reformas de estructuras y la atribución del derecho sindical luego de una victoria electoral. Los defensores de una “estrategia autónoma” denuncian los riesgos de integración inherentes a esta estrategia y objetan que un poderoso movimiento de masas

sea capaz de hacer retroceder las llamadas “dificultades económicas”. Mientras tanto, una minoría defiende la autogestión. Los acontecimientos de 1968 dan un vuelco a la relación de fuerzas en el seno de la CFDT, sin acercar entre sí posiciones que siguen siendo antagónicas, como hemos visto, como lo atestiguan las reacciones de las confederaciones a la hora en que la política se empeña en volver por sus derechos.

La CFDT estima que la crisis del régimen no puede encontrar solución dentro de las fuerzas parlamentarias tradicionales. Juzga a la mancuerna PC-FGDS (*Fédération de Gauche Démocrate et Sociale*) incapaz de integrarse a las “fuerzas nuevas” surgidas durante la crisis y de responder a sus aspiraciones, y ve en Mendès France la posible alternativa a un eje PC-CGT cuyo peso le preocupa. En consecuencia, se pronuncia por un gobierno que integraría, bajo su dirección, a miembros del PCF y de la FGDS, pero también a representantes de esas fuerzas nuevas y ministros surgidos de la CFDT. FO tiene dos encuentros con Pierre Mendès France, para finalmente publicar, el 29, un comunicado en el cual declara que “corresponde a las formaciones políticas buscar soluciones”. La CGT acusa a la CFDT a la vez de izquierdismo y de deriva politiquera. Avanza, por su parte, de manera más resuelta, por la vía de las negociaciones entonces abiertas a iniciativa del gobierno, pero hace simultáneamente un llamado a una jornada de manifestación para el 29 de mayo formulando, entonces, un análisis nuevo de la huelga, destinado, dice, a “responder a la situación creada por el rechazo persistente del gobierno y de los empresarios a tomar plenamente en consideración las reivindicaciones y a contribuir a un cambio político de progreso social y democrático”, resumiendo en la consigna “gobierno popular”, utilizada ese día en las manifestaciones que concretan, entre otras cosas, el paso de un sistema de alianza que reunía, desde 1966, a las confederaciones sindicales, excluyendo a los partidos, a un eje PC-CGT, desaparecido desde el fin de la guerra de Argelia.



El 13 de mayo, la calle fue el lugar en donde se realizó un movimiento, en su relación obligada con lo político. Es también en este espacio en donde se construye, luego, en numerosas ciudades de provincia, una imagen de LA huelga, más allá de las huelgas, en su diversidad. Pero a partir del 27 de mayo, la calle se vuelve, en París por lo menos, el lugar por excelencia en donde se expresan las divergencias estratégicas que acaban de ser evocadas. Las manifestaciones rivales que se despliegan en ella materializan en efecto, a partir de entonces, la relación de fuerzas que no permite a nadie alzarse con la victoria, pero que permite a todos, en cambio, hacer fracasar las estrategias adversas o rivales. Las contradicciones así expresadas no son en modo alguno menores o circunstanciales. Las volveremos a encontrar fuertemente activas una vez que los partidos socialista, comunista y radical hayan ratificado, en 1973, el programa común de gobierno que es consecuencia, a mediano plazo, del movimiento de mayo y de sus efectos políticos, y más aún después de 1981. En 1968, su mejor efecto es el de neutralizar las estrategias opuestas, constituyendo un obstáculo a la ratificación del programa común tanto como a las soluciones diseñadas por François Mitterrand o Mendès France, lo que deja en consecuencia sin alternativa al gaullismo, pero también elimina toda posibilidad de alternancia. Esta situación, dice la FEN, condena a la acción sindical a ser “por un tiempo la única muralla contra la revancha de la derecha”, pero quizás, podría decirse ya con la distancia que da el paso del tiempo, le permite sobre todo permanecer tal. El programa común no será en efecto ratificado por la FGDS, sino cuando François Mitterrand estimará, con razón, que el vuelco experimentado por la relación de fuerzas y la desmovilización del movimiento social así se lo permiten.

Esta implicación política del movimiento sindical y sus límites obligados resultan, en parte, del carácter inédito de la crisis por la que atraviesa Francia entonces. Las especifici-

dades del '68 francés vienen con seguridad del peso del movimiento sindical y de su carácter, pero resultan igualmente del hecho de que Francia es el único país industrial desarrollado que ha cambiado de constitución recientemente. El nuevo régimen se empeña en remodelar el paisaje económico y social francés a ritmo acelerado, en la medida en que termina la guerra de Argelia, y redefine así las relaciones de lo político con lo social y, por ende, de los actores sociales con el Estado. Este régimen, presidencial, vale al jefe del Estado el exponerse a tal punto que se ha vuelto, aun antes de 1968, el blanco de numerosas manifestaciones sindicales. Pero igualmente le permite disponer de los medios necesarios para sobrevivir a una oleada que hubiera derribado a cualquier gobierno de la precedente república. Basta para ello con que se juegue la carta política adecuada. No es tal el caso el 24 de mayo cuando de Gaulle anuncia su intención de recurrir al referéndum, pero sí lo es el 30 de mayo cuando toma la decisión de disolver la asamblea nacional para hacer un llamado al sufragio universal.

Esta decisión, que pone cara a cara los tiempos de la huelga y de la negociación y los electorales, revela los límites de la irrupción sindical en lo político en la medida en que éste se encarna en modalidades que repentinamente vuelven a ser clásicas, obligando a los partidos a volver a ser actores necesarios de primer plano. La decisión tomada, de someter los problemas que se plantean al país al veredicto de las urnas, obliga efectivamente a cada cual a aceptar esta salida parlamentaria o a situarse al margen del consenso republicano, condenándose entonces al fracaso obligado y conlleva, para el movimiento en curso, dos desventajas que contribuyen a explicar el resultado final. En Francia, todas las elecciones precedidas de movilizaciones colectivas más o menos políticas se han concluido en detrimento de aquellas fuerzas que habían parecido amenazar al régimen: así sucede con las ligas de extrema derecha en 1934 y, en 1968, con los actores



del movimiento social, designados tales el 30 de mayo por el jefe del Estado.⁶ Un jefe del Estado que además puede movilizar, a su vez, en la calle, fuerzas políticas en cantidad impresionante ese 30 de mayo, en nombre de la defensa de la República, sin mediación alguna, mientras que las fuerzas sindicales cargan solas, frente a él, la responsabilidad de la movilización colectiva, teniendo que inscribirse, a partir de entonces, en tiempos bien definidos y con implicaciones contradictorias.

Durante más de dos semanas, la huelga interprofesional y nacional de larga duración reactivó con fuerza el mito de la huelga general, en su relación obligada con lo político y su negación, o por lo menos su ocultamiento –constitutivo–, de la escena parlamentaria. La disolución de la asamblea nacional obliga a los actores del movimiento social a encarar al mismo tiempo las negociaciones y la preparación de una campaña electoral, evitando las contradicciones en la medida de lo posible, lo que no siempre es fácil. Al tiempo que la división política, perceptible desde el primer momento, se muestra ahora, además, a la luz del día.

La crisis de 1968 es la primera por la que tuvo que pasar la quinta república. Revela las contradicciones inéditas que se dan a partir de entonces entre lo político y el movimiento social. Sin embargo, dicha crisis es conducida de principio a fin por un sistema de partidos y de relaciones entre partidos y sindicatos, forjado en el marco de la crisis abierta en los años treinta y cerrada con la Liberación y heredado del régimen precedente, sin mayor mutación que la creación de la CFDT. La reducción de la acción política al puro terreno parlamentario y el dominio de las movilizaciones colectivas con

6 También se puede, a la inversa, emitir la hipótesis de que la victoria de la izquierda en 1997 estuvo ligada a la ausencia de toda incursión del movimiento de 1995 en el terreno político e, inversamente, a la decisión de Jacques Chirac de disolver la asamblea, contrariamente a los funcionamientos constitucionales, tenidos por todo mundo como legítimos.

finalidad política por los sindicatos, comités o plataformas comunes, da fe de inadecuaciones entre las redefiniciones de lo político entonces en curso y las organizaciones que antaño se habían encargado de ello. Dichas redefiniciones son, empero, asumidas de manera desigual y aun concebidas de manera desigual por los contemporáneos. Quizás mejor percibidas por la CFDT, en la medida en que ésta es contemporánea del nuevo régimen y de los trastornos que tienen lugar entonces, pero dicha confederación es igualmente presa de la contradicción cuando se plantea, si no la cuestión del relevo político, al menos la de la traducción de la acción a la escena parlamentaria. Una cuestión insoslayable.

Proponemos, en consecuencia, calificar esta crisis como “crisis de confluencia”, en tanto que expresaría posturas y modalidades partidarias heredadas del pasado y súbitamente confrontadas con nuevas modalidades de lo político, por iniciativa del Estado, respondiendo a ciertas especificidades del mayo francés, así como a sus *impasses*

Quisiéramos preguntarnos ahora cómo estas mismas cuestiones se plantearon al movimiento social del otoño de 1995, que fue el primero de tal importancia desde 1968.

1995: ¿Modalidad nueva de lo político o retorno irrefrenable del sindicalismo revolucionario?

El movimiento social del otoño de 1995 es un movimiento cuyas bases y formas son complejos. Se caracteriza por una larga huelga de ferrocarrileros y de empleados del transporte urbano que paralizó a Francia durante más de tres semanas; por huelgas más episódicas del sector público y por poderosas manifestaciones en las que se unieron regularmente a los huelguistas vertientes enteras del sector privado, que se mantuvieron fuera de la huelga pero favorables a lo que entonces fue calificado como “huelga por poder”, a los

cuales se sumaban, a veces, desempleados, estudiantes... Este movimiento tenía por blanco ciertos proyectos de reformas específicas al transporte público y a los regímenes de jubilación de los trabajadores (plan Bergougnoux), pero también el proyecto de reforma del sistema de seguro social elaborado por el gobierno de Alain Juppé. De principio a fin, este poderoso movimiento político gestionó su relación con lo político en términos inéditos. El 13 de mayo de 1968, los manifestantes habían desfilado por todas partes al grito de “diez años, ¡ya basta!”, como hemos dicho. En 1995, los manifestantes la emprenden contra los planes Bergougnoux y Juppé sin hacer de la renuncia del ministro en funciones un objetivo y, *a fortiori*, sin atacar frontalmente al presidente de la República o al régimen. Esta toma de distancia con respecto a lo político volvemos a encontrarla, como en espejo, cuando el secretario general del partido RPR (*Rassemblement pour la République*), partido miembro de la mayoría de derecha, considera el lapso de un instante responder a las huelgas organizando manifestaciones de “usuarios”, y no ya, como en 1968, comités de defensa de la República; como si cada uno se esforzara tácitamente por evitar toda formulación capaz de formalizar al movimiento en términos de crisis política.

La distancia se encuentra igualmente en las imágenes que el movimiento social construye entonces de sí mismo. Las manifestaciones de los años setenta, y más aún de los ochenta, se caracterizaron por un retroceso de los símbolos con vocación federadora, a favor de expresiones identitarias sectoriales, más relacionadas con el logotipo bien entendido que con cualquier otra cosa: banderolas malvas de las feministas o verdes de los ecologistas, triángulo rosa de los homosexuales, mano amarilla del movimiento antirracista “*Touche pas à mon poté*” (“no toques a mi cuate”), floración multicolor de la FSU (*Fédération syndicale unitaire*);⁷ mien-

7 Sindicato de profesores nacido de una escisión de la FEN.

tras que la muy unificadora “Internacional”, en declive perceptible, cede lugar al *Chiffon rouge*, canción de autor surgida en los años setenta, en el marco defensivo y sectorial de la huelga de los trabajadores siderúrgicos que en vano intentaban defender una industria desmantelada. Como un estallido de movimientos que “perspectivas políticas” (y en consecuencia símbolos) supuestamente unían, hasta antes del giro constituido por la ruptura del programa común de gobierno y luego la victoria de François Mitterrand en las elecciones presidenciales de 1981 y la desaparición de dichas perspectivas, ayer movilizadoras. En 1995 volvemos a encontrar este fenómeno en el porte ostentoso de ropa de trabajo durante las manifestaciones y en el desvío masivo del uso de ciertos instrumentos de trabajo, como las alarmas de los ferrocarrileros, que se vuelven emblemáticas del movimiento.

Ciertos comentaristas estimaron que el fenómeno revelaba la naturaleza “corporatista” o “arcaica” de un movimiento al que por ello mismo denunciaban; algunos considerando que lo era por esencia y otros imputando la responsabilidad a la ausencia de relevos partidarios y a la falta de estrategias políticas alternativas claras, por parte de una izquierda política entonces en su punto más bajo. Pero el movimiento bien podría haber sido, por el contrario, la primera expresión a tal escala de esta modalidad nueva, en gestación, de lo político. Algo “maravilloso” para el sociólogo Henri Vaquin, quien escribía, después de estos acontecimientos, en una revista sindical: “Se reunieron las condiciones esenciales para la expresión de una crisis de la sociedad en la cual estamos y que los ocultamientos de derecha e izquierda, conjuntamente, disimulaban”.

En 1958, el cuestionamiento de la Constitución de 1946 por el general de Gaulle había encontrado resistencias tanto más débiles cuanto que dicha constitución no era resultado de ningún consenso, sino el fruto de un compromiso al que diversas corrientes políticas habían tenido que resignarse luego de



más de dos años de discusiones vanas y de proyectos rechazados. En 1995, las cosas son completamente distintas. Al emprenderla contra los servicios públicos y el seguro social, el gobierno altera la esencia del contrato republicano codificado en 1943 en la Carta del Consejo Nacional de la Resistencia, fruto de un acuerdo amplio y restaurado al momento de la Liberación. Se trata de instituciones ligadas, más allá de su función social, al mito identitario o al símbolo, y por ello revestidas de una dimensión sagrada que la difunta constitución jamás había podido alcanzar. El movimiento destinado a defenderlas es, por ende, constitutivamente político, en la medida en que la emprende contra las orientaciones liberales de un gobierno preocupado por una inserción más eficaz en la economía mundial, oponiéndoles los principios del Estado regulador, conminado a desempeñar su papel de garante del vínculo social y proveedor de empleos, a través de los servicios públicos. Político también lo es si por ello entendemos la capacidad de mantener reunida a una comunidad de ciudadanos. A ello aspira al tiempo que constituye, en su ser, una primera puesta en práctica encontrando, en este sentido, en sí mismo su sentido más profundo. Más que la huelga, las manifestaciones son las que expresan con fuerza este carácter.

La manifestación callejera es un apéndice frecuente de las huelgas. Puede constituir el elemento que desencadene un paro o una huelga general de larga duración (tal fue el caso en mayo de 1936 y, de manera todavía más clara, como ya se ha dicho, en mayo de 1968). Con frecuencia está destinada a mantener movimientos que pueden apagarse, al asegurar la cohesión del grupo o facilitar la expresión de la solidaridad que lo rodea. También puede dar visibilidad a jornadas nacionales de huelga, política o no. En cambio se vuelve menos necesaria al desarrollo idóneo del conflicto a medida que la huelga adquiere efectivamente una dimensión general. Ahora bien, si las manifestaciones son, en efecto, con frecuencia el apéndice de las huelgas, la cronología de las oleadas de

manifestaciones callejeras en Francia no corresponde con la de las oleadas de huelgas evidenciada por Charles Tilly y Edward Shorter (Tilly y Shorter, 1974). La visibilidad de la huelga general y la fuerza del mito que ésta vehicula en Francia en efecto vuelven a la manifestación redundante e incluso inoportuna, por poco que la huelga se acompañe de tomas de empresas, como en 1936 o en 1968. No hay, pues, correspondencia: En mayo de 1920, durante la crisis inmediata a la posguerra, la huelga general no se acompaña de ninguna manifestación importante; en junio y julio de 1936, tras la victoria del Frente Popular, la coincidencia efectiva de huelgas y manifestaciones viene de una yuxtaposición de fenómenos con finalidades distintas; en 1947 y 1948, cuando Francia entra en la Guerra Fría, las huelgas dichas “insurreccionales” implican al espacio público debido a la represión que se abate sobre ellas, pero no se acompañan de ningún movimiento globalizador a escala de ramas industriales, de ciudades o, menos aún, del país. El estudio aislado de las manifestaciones callejeras permitiría pasar por alto las huelgas de 1953 sin incluso percibir las y el papel –de primera importancia– de la calle, en 1968, procede nuevamente de la yuxtaposición de diversos movimientos, no de su articulación, salvo raras excepciones. La situación es diferente en 1995.

La huelga contra el plan Juppé es entonces obra casi exclusiva de los asalariados del sector público, como hemos dicho. Esta huelga (y la del transporte en primerísimo lugar) confiere al movimiento su dimensión espectacular, al provocar una interrupción repentina de lo cotidiano y el recurso masivo de la marcha a pie, la otra imagen emblemática del movimiento. La huelga es la que acaba con el plan Bergoug-noux y sus regímenes especiales. Sin embargo, la construcción de lo político, comprendido en los términos antes evocados, incumbe a las manifestaciones que la acompañan. A diferencia de lo que sucedió en 1936 o en 1968, las manifestaciones no son esta vez ni simples apéndices, ni el medio elegi-

do para dar cuerpo a las estrategias políticas que entonces se enfrentan y se neutralizan unas a otras (es decir, una expresión de lo político comprendido en términos partidarios). Las manifestaciones expresan la generalización del movimiento considerada necesaria y son tanto más numerosas y masivas cuanto que la huelga, precisamente, no es general; intentan ser un sustituto de la huelga que, precisamente, no se generaliza. Por lo demás, la originalidad de su implantación nos informa sobre su naturaleza. Desde los años ochenta, la manifestación nacional espectacular en la capital se había vuelto la condición de todo movimiento que pretendiera actuar sobre los centros de decisión del país (o a veces de alguna empresa) adoptando su estructura. Nada de eso sucede en 1995. La provincia se moviliza más que en 1968, pero París se queda a la zaga. Se puede considerar esta inversión como la consecuencia obligada de la parálisis de la región parisina o como un síntoma más del alejamiento de lo político. A menos de pensarla, al contrario, como la consecuencia de los efectos –diferenciados tanto en el plano regional como en el local– de la nueva geografía política de la decisión, que indujo una movilización cuyos contornos siguen, casi, los del NO al tratado de Maastricht.

El principio de una manifestación nacional en París, considerada durante un tiempo y luego abandonada, no es, de hecho, nada adecuado a los objetivos de un movimiento que se inscribe en lo más cercano a las maltrechas cohesiones tradicionales; a la imagen de numerosas manifestaciones regionales ocurridas en Francia durante los años sesenta en defensa de sitios industriales amenazados, pero por primera vez, aquí, a escala nacional. Las manifestaciones que produce tienen por característica (¿y objetivo?) mayor el expresar un proyecto de vivir juntos y una voluntad de (re)construcción del vínculo social,⁸ “frente a lo político silencioso, incapaz

8 Después del movimiento, un psicoanalista entrevistado por un periódico sindical constataba que las huelgas habían tenido efectos benéficos en sus pacien-

de forjar una representación del futuro” (Gremion, 1996:12-15). Vínculo reencontrado entre confederaciones nacidas de la escisión de 1947, simbolizado en París y en Marsella, de manera ostentosa, por apretones de manos entre hermanos ayer enemigos. Vínculo entre los diversos tipos de lucha, expresado, en provincia más que en París, por la presencia de desempleados y estudiantes al lado de los huelguistas; vínculo también entre aquéllos que están en huelga desde hace días, aquéllos que están en huelga en esta ocasión y aquéllos que no están en huelga o que lo están, como entonces se dijo, “por poder”. Prueba de ello son banderolas que dicen “Honor a los huelguistas. Su combate es el nuestro. Gracias”; y, como respuesta, enarbolada por los ferrocarrileros: “Gracias a los usuarios por su apoyo y solidaridad”. Una prueba más es el “Todos juntos”, que se vuelve representativo del movimiento en su especificidad y que no deja de evocar la unión fraterna de 1848, más que la unidad de las organizaciones, en el sentido que un siglo de historia del movimiento obrero ha conferido al término. Vínculo también con la Historia reactivada sin instrucciones previas, contrariamente a las pesadas evoluciones registradas después de 1968: pancartas evocando la Comuna de París (hecho rarísimo en las manifestaciones sindicales), manifestantes enarbolando la gorra frigia, consignas que resucitan el '68 (“Bajo la huelga la lana”, “Caliente, caliente, caliente, el invierno será caliente”) o a veces lo sobrepasan (“Huelga general”), invocación de una Historia cuyo fruto es el seguro social (“El seguro está en la Resistencia”). Para no hablar de las consignas o pancartas expresando que una generación se sentía administradora de una herencia directamente conquistada que le tocaba transmitir.

tes. “Muchos decidieron ir a manifestar en lugar de acudir a las sesiones de análisis [...]; muchos tuvieron la sensación de *reencontrar* algo que no habían conocido nunca, reanudando con la historia familiar, la de sus padres o abuelos, que les habían contado su experiencia con relación a los movimientos sociales del siglo. Se identificaban con la historia que el movimiento podía representar”.



Se reintroducía así lo nacional, a pesar de la ausencia de manifestación central en París, confirmando al movimiento un espesor capaz de reactivar los mitos para capitalizar su potencia, en ausencia (¿o en lugar?) de referencias políticas coherentes. Unos 14 meses más tarde, las manifestaciones organizadas en París contra la ley Debré (relativa a la regularización de la situación de los indocumentados), constituirán nuevas manifestaciones políticas sin expresión partidaria y harán estallar hasta las modalidades acordadas de la manifestación para dejar paso a una especie de nebulosa sin banderola ni portavoz, sin grupo a la cabeza ni ordenamiento y sin término admitido por todos; por primera vez a tal escala en la historia de las manifestaciones. En cambio, una manifestación organizada el 16 de octubre de 1999 por el Partido Comunista, sobre la cuestión de la ley de las 35 horas, suscitará críticas de parte de quienes lo acusan de intentar recuperar un movimiento social dotado, desde 1995, de dinámica propia.

Francia conoce hoy una “crisis de lo político”, debida fundamentalmente a la emergencia y la afirmación de lugares y formas de poder que escapan totalmente a los marcos diseñados hace un siglo por la democracia. Esta crisis, que es uno de los múltiples efectos de la “mundialización” y del liberalismo triunfante, no le es específica. Se percibe en la desconfianza que en todas partes se expresa contra la “clase política” o de las élites vapuleadas, revelando, escribía hace poco el historiador Marc Ferro, regímenes representativos y parlamentarios, pero no democráticos.

Los movimientos callejeros que durante mucho tiempo significaron un disfuncionamiento de lo político en su sentido parlamentario, bien podrían afirmarse, a partir de los años sesenta, como una de las modalidades nuevas en gestación de lo político en el campo del movimiento social y de la sociedad civil, al igual que las asociaciones y comités del siglo anterior. Constituyen hoy una de las respuestas a tales

distorsiones, constituyendo una modalidad democrática de la política... que no es, sin embargo, parlamentaria ni representativa. Un desajuste hasta ahora no superado. 🇪🇸

Charles Tilly y Edward Shorter, *Strikes in France, 1830-1848*, Cambridge University Press, 1974.

Pierre Grémion, "Electrochoc ou mouvement social", *French politics and society*, Vol. 14, Núm.1, invierno de 1996.

Danielle Tartakowsky, *Le pouvoir est dans la rue. Crises politiques et manifestations en France*, Aubier, 1998.

Bibliografía